

El Pen catalán en Estocolmo

La agencia EFE ha difundido un texto sobre mi intervención en el Congreso Internacional del PEN celebrado en Estocolmo, que ha sido reproducido, casi siempre “corregido y aumentado”, por la mayoría de los periódicos madrileños. En el diario *Avui*, del 13 del actual, intenté concretar y profundizar mis palabras, que no han hallado eco, por ahora, en la prensa de Madrid. Ello me obliga a precisar, por lo menos, algunos puntos.

Las palabras que se me han atribuido no son exactas. Cuando volví a mi escaño, después de pronunciarlas, intenté fijarlas por escrito lo más fielmente posible, para no olvidarlas ni deformarlas más tarde. Lo que dije, escindido en dos partes, a causa de una contrarréplica que me obligó a machacar el mismo concepto, fue, poco más o menos, lo siguiente:

“Lamento verme obligado a intervenir en esta ocasión y tener que hacerlo en los términos que lo haré. La verdad es que considero la ciudad de Barcelona la menos adecuada para hacer aprobar la cooficialidad del castellano en el PEN. Hemos sido subyugados y tiranizados durante cuarenta años en nombre de esta lengua y es por ello que la proposición me parece del todo desafortunada. En el caso de aprobarse, no respondo de lo que pueda suceder, pues podría provocar un altibajo en el país”.

Todo estriba en saber si estas palabras, en realidad más contundentes que las que me han sido atribuidas, son violentas o no.

La extrañeza que, al parecer, mi intervención ha provocado entre los escritores castellanos (dejo de lado la prensa demagógica), y artículos como el provocado en estas mismas páginas, prueban el profundo desconocimiento que existe, incluso entre los intelectuales, que deberían ser la avanzadilla del país, sobre el problema catalán y demuestran que nos hallamos en un estadio de lo que puede llamarse “proceso de colonización” todavía muy primitivo. Analicémoslo un poco.

El hijo de colonos —el hijo del hombre que pisó tierras americanas, o el hijo del francés que puso pie en Argelia, pongamos por caso, y huelga decir que todavía más el nieto— cree vivir en su propia casa. Sus padres se lo han dicho. ¿Cómo no creerles? No hay culpabilidad alguna por parte suya, él es completamente *inocente* en el asunto. Hasta que llega el momento en que esta inocencia se vuelve equívoca o dudosa. Este hecho se produce cuando el niño deja de ser niño y se da cuenta del verdadero planteamiento del problema. El despertar de su conciencia puede ser más o menos lúcido e íntegro, según su capacidad intelectual y moral y según el ambiente social que le rodee. En este momento pueden producirse dos reacciones: la de mirar el problema de cara, la de querer darse cuenta de la verdad, o la de soslayarla, escondiendo la cabeza bajo el ala y dejando dormitar la conciencia. La segunda reacción suele ser la más frecuente porque es la más cómoda, aquella a la que nos conduce nuestro egoísmo atávico. La primera requiere una inteligencia y una conciencia muy despiertas y sólo es seguida, de buenas a primeras, por algunos individuos de excepción.

Yo, y conmigo algunos intelectuales catalanes, esperábamos que los intelectuales castellanos (castellanoparlantes, naturalmente) fueran algo más clarividentes y algo más evolucionados, por el mero hecho de ser intelectuales y porque el problema de la identidad catalana ya ha sido objeto de debate público durante estos últimos tiempos. Esperábamos que se dieran cuenta de esta posición de colonos que, al parecer, sin sospecharlo, muchas veces adoptan respecto a la cultura catalana, y que empezaran a no considerar tan natural, tan inocentemente, lo que fue obtenido por el derecho de conquista de sus padres o de sus antepasados. No ha sido así. Unas palabras mías, pronunciadas en Estocolmo en defensa de mi país, han bastado para encenderles y considerarlas un ataque. Es penoso. Si se hubieran identificado un poco más con nuestro problema y con la tragedia de identidad que arrastramos desde hace tres siglos, mis palabras —pronunciadas en un momento de aprieto, ante una situación que presagiaba una tormenta— más que violentas, quizás les hubieran sonado como una queja —casi diría como un *quejío*.

Así como hubo una descolonización exterior, la que vivió la generación del 98, nos hubiera gustado que la generación castellana del 1978 fuera la de la descolonización interior. ¿Es demasiado esperar?

Que los intelectuales castellanos se aprovechen de ciertas estructuras, de ciertas amputaciones o deformaciones que ha sufrido Cataluña durante estos cuarenta años quiere decir, a mi modo de ver, que les es más cómodo obrar así que preguntarse hasta qué punto tienen derecho a hacerlo... Pero que quieran servirse de una Conferencia del PEN, organizada por nosotros para enaltecer un poco nuestra lengua y que quieran convertirla en un trampolín para la suya, es agravar y ahondar la obra demoledora emprendida por el franquismo en Cataluña.

Josep Palau i Fabre

Cuadernos para el diálogo, 8-14 de juliol del 1978